

en todos sus detalles la autenticidad de las canciones, payas, etc., de acuerdo a su área de origen y difusión.

Los departamentos ya mencionados de la Universidad, han iniciado los envíos de material grabado, con sus respectivos libretos, a diversos países y en los días de Fiestas Patrias emisoras de EE. UU., Israel, Rumania, Argentina, etc., transmitirán estos programas con motivo del aniversario de la Independencia de Chile.

Así, en Jerusalén, la radio Kol-Israel, hará dos transmisiones de 30 minutos el 18 de septiembre en sefardí y en hebreo, la que comprenderá cuecas, danzas, tonadas, payas, etc. Este programa se radiará el mismo día en Bucarest y en Miami, EE. UU. Además, en colaboración con el Consejo Interuniversitario Regional, se transmitirá en Buenos Aires otra selección similar, de 30 minutos de duración, en diversas emisoras.

SIGNIFICADO Y VALOR HISTORICO DE LA BIBLIOTECA CENTRAL DE LA UNIVERSIDAD

por VICENTE SALAS VIÚ

Director de la Biblioteca Central y de los servicios bibliotecarios de la Universidad

El Gabinete de Lectura Universitario. Al fundarse y ser organizada, bajo la rectoría de don Andrés Bello, la Universidad de Chile, la idea de que dispusiese de una importante biblioteca fue consubstancial con los demás principios que rigieron el establecimiento de nuestra Universidad. Sería largo enumerar las múltiples referencias que existen en las Actas del Consejo Universitario, en las Memorias y los Anales de la Universidad sobre el desarrollo de aquel proyecto. Deben destacarse, no obstante, las palabras con que don Andrés Bello se refiere a la naciente Biblioteca en la Memoria presentada al Consejo de la Universidad el 11 de marzo de 1854, Memoria que corresponde al quinquenio septiembre de 1848 a marzo de 1854. Dice don Andrés Bello: "Conviene asimismo arreglar el uso de la Biblioteca que empieza a formarse bajo los auspicios de la Universidad. Aunque ella no sea por ahora más que un modesto Gabinete de Lectura, crece rápidamente y debe precaverse el deterioro y extravío de los objetos que la componen". Como se deduce de estas palabras, el Gabinete de Lectura Universitario se había fundado en el curso de aquel quinquenio. Aunque su organización no estuviera bien cimentada, existen referencias sobre los servicios que prestó desde años inmediatamente posteriores al de la creación de la Universidad.

Las indicaciones de don Andrés Bello a que hemos aludido, dieron un notable impulso al desarrollo del Gabinete de Lectura Universitario. A fines de 1854, en la Memoria presentada al Consejo de la Univer-

sidad por su Secretario General, se enumeran diversas adquisiciones para el Gabinete de Lectura, así como los libros e impresos que se han incorporado a él por canje con instituciones universitarias del extranjero o por donaciones. En este tiempo, el Gabinete de Lectura estaba a cargo de don Ignacio Domeyko. Unos años después, en 1859, el Secretario General, don Miguel Luis Amunátegui, en sesión del Consejo Universitario, plantea una considerable ampliación del Gabinete de Lectura. Dice el Acta correspondiente que el Secretario General "manifestó lo conveniente que sería formar en el Gabinete de Lectura Universitario una biblioteca especial hispanoamericana". El Consejo aprobó la sugerencia y, de inmediato, adoptó diversas resoluciones para dar curso a este proyecto. En este mismo año de 1859, la Biblioteca Universitaria publica su catálogo, ya bastante extenso, en el tomo XVI de los Anales de la Universidad.

Ampliación de la Biblioteca. Hacia 1872, el Gabinete de Lectura había experimentado un notable incremento. El antiguo director del Gabinete de Lectura, don Ignacio Domeyko, era entonces Rector. En esta calidad, escribió una "Reseña de los trabajos de la Universidad desde 1855 hasta el presente" (1872), y establece en ella un balance satisfactorio de las adquisiciones de libros y revistas hechas por el Consejo de la Universidad para el Gabinete de Lectura. Afirmamos en la iniciación de este artículo que el Gabinete de Lectura Universitario, base de la actual Biblioteca Central de la Universidad, nació del mismo

impulso que dio vida a la Universidad y que las egregias figuras que crearon el principal organismo de cultura superior de la República fueron las que concibieron la idea y fomentaron el desarrollo de la primera biblioteca universitaria. Los datos ya expuestos confirman la veracidad de esta afirmación.

Al correr de los años del siglo XIX, importantes legados de figuras prominentes de la cultura chilena contribuyeron al ensanchamiento de los fondos de la Biblioteca. Citemos, por vía de ejemplo, a don Diego Barros Arana y a don Pedro Montt. Don Diego Barros Arana legó a la Universidad su biblioteca particular compuesta por 15.424 libros, folletos, manuscritos, mapas, documentos, periódicos y otros materiales bibliográficos. Desgraciadamente, la falta de organización y la carencia de personal de la naciente biblioteca no permitieron que tan importante donación se catalogara y dispusiera en condiciones de prestar los servicios que debía. La Biblioteca de Barros Arana permaneció en custodia en la Universidad de Chile hasta que, en 1929, fue incorporada a la Biblioteca Nacional, donde actualmente se conserva. Los libros y documentos de la Biblioteca de don Pedro Montt que hoy pertenecen a la Biblioteca Central — y que figuran entre sus más valiosas colecciones —, pasaron a ésta desde la Biblioteca del Instituto Nacional donde primero fueron depositados. La conexión de la Biblioteca del Instituto Nacional con la Biblioteca Central Universitaria merece párrafo aparte.

La Biblioteca del Instituto Nacional y la Universitaria. La Biblioteca del Instituto Nacional surgió como un anexo de éste en los días de la Independencia y estuvo sujeta a las mismas vicisitudes que el Instituto en los agitados años que vivió la República hasta 1840. En esta fecha, el fondo básico de la Biblioteca del Instituto Nacional estuvo prácticamente constituido, pero la fundación oficial de ella no tuvo lugar hasta 1857, por un decreto del Presidente don Manuel Montt. En 1890, se instaló la Biblioteca en la que había sido Iglesia de San Diego, en la esquina de la Alameda con la calle de Arturo Prat.

En muchos de los escritos en que se menciona a la Biblioteca del Instituto Nacional, se la califica acertadamente de biblioteca universitaria. Por las personalidades que la rigieron, por los propósitos que se persiguieron con ella y los fines que cumplió, la Biblioteca del Instituto Nacional es ilustre antecesora de la Biblioteca Central de la Universidad de Chile. Lo es por su espíritu y hasta por su emplazamiento físico en el solar anexo a la Casa Central Universitaria; por el doble carácter que tuvo de biblioteca de consulta para estudiosos, profesores y alumnos, y de biblioteca pública en el centro de Santiago. Asimismo, la Biblioteca Central de la Universidad está

vinculada a la del Instituto Nacional como heredera de parte de los valiosos fondos que en ésta se reunieron. Quizá podría calificarse de piedra miliar de la Biblioteca Central Universitaria la valiosísima colección que forman el *Journal des Savants*; la *Historia de la Academia de Ciencias de París*; las *Memorias*, *Tablas Alfabéticas*, *Colecciones*, *Resúmenes* y *Apéndices* de la misma Academia; la *Historia de la Academia Real de Inscripciones y Bellas Letras de Francia* y los volúmenes de *Máquinas e Invencciones* aprobadas por la Academia Real de Ciencias. Estas inapreciables series de libros, maravillosamente conservados en sus empastes del siglo XVIII, fueron adquiridas en Francia y trasladadas a Chile por don José Antonio de Rojas, singular figura de la Ilustración en América. Los herederos de don José Antonio de Rojas legaron tan valiosos libros a la Biblioteca del Instituto Nacional en 1872. Desde ella pasaron a los fondos de la Biblioteca Central Universitaria. Igualmente debe destacarse la incorporación, ya aludida, a la Biblioteca de nuestra Universidad desde la del Instituto Nacional, de parte de los libros y, sobre todo, la colección de folletos, única en América, de la Biblioteca de don Pedro Montt.

Cabe mencionar, como un hecho más que ilustra las vinculaciones a que nos referimos entre ambas bibliotecas, el que algunas obras, por desgracia muy pocas, que habían pertenecido a la Biblioteca de la antigua Universidad de San Felipe y desde ella pasaron a la del Instituto Nacional se reincorporaron, al disolverse ésta, a la Biblioteca de la Universidad de Chile. Tal es el caso del *Corpus Juris Civilis* o Código de Justiniano, edición de Lyon de 1627, en cinco volúmenes, por citar una de las obras más preciadas entre las que permanecen bajo nuestra custodia.

Hemos señalado que a la Biblioteca del Instituto Nacional se la califica acertadamente de biblioteca universitaria en muchos documentos del siglo pasado. Debemos agregar que esa calificación pudo igualmente extenderse a la otra de las dos grandes bibliotecas creadas al nacer la República: la Biblioteca Nacional. De hecho, ambas instituciones de cultura se crearon bajo la tutela de la Universidad. En lo que respecta a la Biblioteca Nacional, ello no es menos evidente. Todavía, en fecha tan avanzada como el 8 de agosto de 1861, en el Reglamento que se fija a esta Biblioteca por una disposición del Supremo Gobierno se establece, textual, en el artículo 19: "La Biblioteca Nacional estará bajo la inspección del Consejo de la Universidad, el cual ejercerá esta inspección por medio del Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades, con quien tendrá que entenderse directamente el bibliotecario". Y en el artículo 49, se agrega: "El Decano de Humanidades pondrá su visto bueno

en todas las cuentas que deban satisfacerse por la Biblioteca y en la lista mensual de los empleados que deben ser pagados".

Existen en el mismo Reglamento otras disposiciones que evidencian hasta qué punto la dirección de la Biblioteca Nacional, incluso en lo administrativo, estuvo en manos del Decano de Filosofía y Educación, como delegado del Consejo de la Universidad.

Fundación de la Biblioteca Central. Después de un largo tiempo, en el que los libros pertenecientes al antiguo Gabinete de Lectura permanecieron guardados y sin uso en los archivos de la Universidad, en diciembre de 1936, por un Decreto del Rector don Juvenal Hernández, se fundó la actual Biblioteca Central. En abril de 1938, quedaron reglamentadas sus funciones y se le fijó el carácter, que conserva, de organismo correlacionador de las demás bibliotecas de la Universidad. Al poner en marcha sus servicios, se nombró director de la Biblioteca Central a don Héctor Fuenzalida, que estuvo en este cargo hasta su jubilación en marzo de 1958.

Además de las obras ya aludidas, de los libros que pasaron, muchos de extraordinario valor, de la Biblioteca del Instituto Nacional a la Central de la Universidad de Chile, de los fondos del antiguo Gabinete de Lectura y de los demás que se consignan en el Decreto que reglamenta la constitución de la Biblioteca de la Universidad, ésta se ha enriquecido en el transcurso de los últimos años con la incorporación a su catálogo de las bibliotecas de don Alejandro Fuenzalida, de don Norberto Pinilla, don Guillermo y doña Amanda Labarca y don Pablo Neruda. En esta última donación, junto a incunables y primeras ediciones de obras literarias y sobre Geografía y Ciencias Naturales que, en la mayoría de sus 9.000 volúmenes, constituyen inapreciables joyas bibliográficas, figuran manuscritos de tanta significación como los siguientes: Últimas notas y cartas escritas por don José Miguel Carrera. Borradores a lápiz de los "Sonetos de la muerte" de Gabriela Mistral. Cartas cruzadas entre la Duquesa de Orleans y Luis XI de Francia. Trece manuscritos de Arthur Rimbaud, sus familiares y amigos. Entre ellos se encuentran las cartas, documento humano inapreciable, en las que Isabelle Rimbaud refiere la agonía de su hermano. Cartas y documentos autógrafos de Francis Jammes, Victor Hugo, Gustave Flaubert, Lecomte de Lisle, Jules Barbey d'Aureville, etc. Forman también parte de esta donación las pruebas completas, corregidas por su autor, de "Los Trabajadores del Mar" de Victor Hugo.

El crecimiento de los fondos de la Biblioteca Central ha experimentado en los últimos años una aceleración constante, a pesar de sus exiguos presupuestos, y de los escasos fondos con que cuenta para el despacho

de canjes, principal cauce de los libros y revistas que recibe.

Posee la Biblioteca Central en la actualidad, como ya se indicó en una información publicada en este Boletín, más de 100.000 volúmenes, sobre los 6.000 de que aproximadamente disponía en sus comienzos, hacia 1940. El Catálogo Central de las Bibliotecas Universitarias, reunado por disposición del Rector don Juan Gómez Millas, que se lleva en la Biblioteca Central, arroja una cifra de un millón de volúmenes para la totalidad de los custodiados por las Bibliotecas de la Universidad. Si se considera que la gran mayoría de estos libros, pertenecen a bibliotecas especializadas en Letras y Ciencias y al día en las ediciones adquiridas, el valor espiritual y el material —éste nada desdeñable tampoco— de las Bibliotecas de la Universidad de Chile es más que considerable.

Necesidades y Problemas. El rápido crecimiento experimentado por la Biblioteca Central en los últimos años hizo que, hacia 1955, la capacidad de sus estanterías estuviere casi por completo cubierta. Gracias al interés del anterior Secretario General de la Universidad, don Guillermo Feliú Cruz, se encontró una solución a este problema. En 1956, quedaron instaladas las nuevas estanterías de acero y el piso adicional del mismo metal que duplicaron la capacidad del depósito principal de libros. Se construyeron también los dos cubículos donde quedó instalada la Biblioteca donada por Pablo Neruda. Esta mejor disposición de los locales de la Biblioteca se vio correspondida por una duplicación del horario para atención del público, que se extendió a doce horas diarias, organizando los turnos necesarios en el personal.

La solución encontrada, excelente en su momento, no podía serlo para largo tiempo. En el día de hoy, la Biblioteca Central vuelve a encontrarse limitada en su crecimiento por falta de espacio material donde agrupar los libros. La ampliación de los locales de la Biblioteca vuelve a ser una necesidad urgente. Ampliación de locales que hoy día no sólo exige el mucho mayor número de los libros en depósito, sino la escasa capacidad de la Sala de Lectura General para sus asiduos concurrentes. En este año, se ha cuadruplicado la asistencia de lectores a la Biblioteca Central. En los horarios de mayor afluencia, son muchas las personas que deben consultar los libros de pie. No hay mesas ni asientos suficientes.

El Sr. Rector, don Juan Gómez Millas, y el Sr. Secretario General, don Alvaro Bunster, estudian el proyecto, al que han ofrecido amplio apoyo, para resolver éste y otros problemas implícitos en la más intensa labor que despliega la Biblioteca Central. Por de pronto, la solicitud con que han sido atendidas las

necesidades de este servicio por parte de esas dos altas autoridades universitarias ha permitido:

—ampliar la red del Servicio de Canjes a todo el mundo, incluidos la Unión Soviética y las naciones de su órbita, más los países del Oriente, como Japón, China y la India. El canje se efectúa ahora con selección de los materiales de intercambio, mediante la previa presentación de listas de obras;

—la catalogación de la Sección Revistas, iniciada con el detalle, artículo por artículo, de su contenido. La Sección Revistas y Periódicos de la Biblioteca Central es una de las más amplias del país;

—la iniciación de las Bibliotecas Circulantes, de las que hay dos organizadas y en prestación de servicio en las Escuelas y Hogares Universitarios;

—la reorganización, perfeccionamiento y ampliación de los cursos de la Escuela de Ciencias Bibliotecarias;

—la reanudación del Catálogo Central de las Bibliotecas Universitarias que, por medio de Equipos Móviles de Bibliotecarios, enviados por la Biblioteca Central a las diversas de la Universidad, ha experimentado un considerable desarrollo desde marzo del presente año.

No es del caso reseñar en este ya largo artículo las muchas medidas, de menor relieve que las consignadas, que se han adoptado para mejorar la calidad y el rendimiento de los servicios bibliotecarios de la Universidad, para hacer más dúctil y profunda esta labor de cultura.

SOBRE LA OBRA DE NIKOS KAZANTZAKIS

por el prof. FOTIOS MALLEROS

Nikos Kazantzakis es la personalidad literaria más robusta y filosófica de la Grecia moderna. Espíritu inquieto e investigador, procuró encontrar a través de búsquedas continuas la catarsis psíquica en el drama de la existencia.

Nacido en 1885 en Heraklion, de Creta, en el mismo lugar donde cuatrocientos catorce años antes naciera Doménicos Theotocópulos, El Greco, estaba destinado, como éste, a adquirir también gran nombradía y a llegar a ser uno de los más notables creadores de la literatura neohelénica y, tal vez, europea.

Su historia literaria comienza en 1906, cuando, bajo el pseudónimo de Karmas Nirvamis, editara un folleto en prosa lírica intitulado *Ofis kai Krinos* (Serpiente y Lirio), influenciado, seguramente, por la filosofía budista. Pero luego abandonó el pseudónimo budista al salir a la circulación su segunda obra, la tragedia *Protomástoras* (Primer Maestro), de la cual hizo un melodrama el compositor Manolis Kalomiris. Mientras tanto, había terminado sus estudios universitarios y obtenido el doctorado en Leyes. Entonces, decidió optar a una cátedra de profesor extraordinario en la Escuela de Leyes, para cuyo objeto presentó como tesis su tercera obra, un estudio sobre Federico Nietzsche, publicado en 1909, pero fracasó. Este fracaso fue la causa de que Kazantzakis se consagrara en forma exclusiva a la literatura. Primeramente se dedicó a traducir obras de grandes pensadores: a Nietzsche, Bergson, Darwin, Dante, Goethe. Este primer período lo complementa con su *Askitiki* (Ascética), su obra filosófica, y la *Odisia* (Odisea),

su creación poética más grande, período que termina con su Historia de la Literatura Rusa.

La Odisea, compuesta de 33.333 versos, constituye una obra gigantesca tanto en inspiración poética como en cuanto a extensión. Es una Odisea ideológica. El héroe de la moderna Odisea es otra vez el antiguo Ulises, quien parte de Itaca a la búsqueda de nuevas aventuras. Itaca representó para el antiguo Ulises el término de sus esfuerzos y sus luchas y la catarsis de sus sufrimientos; fue para él la serenidad. Para el nuevo Ulises de Kazantzakis, Itaca es el punto de partida de inquietudes, búsquedas y dudas. La catarsis consiste para este Ulises en el abandono de toda traba que pudiera obstaculizar sus ansias de perfeccionamiento psíquico ininterrumpido; es la batalla continuada y el afán que no esperan fin ni recompensa; porque en el fin existe el estagnamiento y en la recompensa la conveniencia que entorpece la lucha por la vida.

La Odisea de Kazantzakis, dividida en veinticuatro rapsodias, motivó discusiones y controversias por su extensión y por su métrica. Pero la poderosa inspiración poética que contiene, su profundidad filosófica y su alto simbolismo, unidos al empleo técnico de 17 sílabas que hiciera el poeta, desechando el metro de 15 y 11 sílabas, usual en obras tan extensas, terminaron por imponerse entre los más escépticos.

Esta obra monumental, fue recientemente traducida en EE. UU. al inglés por el profesor norteamericano de origen griego Kimon Frier —que visitara Chile el año pasado— quien tuvo la suerte de convivir tres